

Ramiro Tapia

Sesenta dibujos ocupan la muestra antológica que hoy se inaugura en el Palacio de La Salina de uno de los más fascinantes pintores que trabajan en Salamanca: Ramiro Tapia. La exposición ocupa cuarenta años (1945-1995) de gran intensidad en la obra de este mágico descubridor de espacios, torres y vegetaciones íntimas. Una pintura de Ramiro Tapia, un óleo, nos adivina el mundo tan peculiar en que ha fraguado un paisaje personalísimo, evocador de su relación con el mundo y la naturaleza humana, intérprete de una pintura de enorme trabajo, no sólo por el juego que configuran los detalles, sino por el hondo sentimiento poético que se descubre tras el lienzo. De la pintura, sabíamos que existían una inmensidad de dibujos y ésta es la muestra de La Salina, una exposición en el tiempo, de tintas y grafitos, de uno de los pintores donde el tiempo construye una arquitectura magnífica de emociones.

Descubrir el dibujo en este pintor de tantas sensaciones es penetrar en el taller de un maestro, ' Taller del hechicero ' -tituló Aníbal Núñez-, por cuanto descubrimos la absoluta necesidad que el pintor requiere del dominio del lápiz, de la sugerencia de 'El Bosco', de la larga mirada de Durero. Una exposición que marca tanto en el tiempo nos advierte también de lo febril que es la trayectoria de un pintor tan intenso: desde la lírica expresión de los temas iniciales, paisajes con personas y flores, poetisas, hasta la pronunciación de una interpretación voraz de la realidad que confluye en la 'dinamitación' de sí misma: desintegraciones, mutantes, la metamorfosis de una pintura literaria, profunda, que emana de una percepción que -por reiterada- no deja de ser siempre diferente. Las torres de Ramiro Tapia, los enormes hongos, las 'ogresas', son meditaciones de una obra madura que, percibida a lo largo de estos cuarenta años, no nos descubre el magnífico pintor que ya conocemos sino la trascendencia de un lápiz en una obra tan singular. Estamos ante un pintor mítico, uno de los mejores ilustradores de la conciencia humana donde se perciben los rasgos iniciales de lo que luego se quiebra. Estamos ante una obra libre, creada sin limitaciones, una proclamación de una pintura rigurosa que hay que mirar con la misma libertad que tantas veces se excluye de la vida, queriendo unas veces y sin querer otras. Estamos ante un mundo de enormes referencias en la historia del arte, la mitología y la vida cotidiana.

Esas torres de Ramiro Tapia en las copas de los árboles, sinuosas entre escaleras y geometrías, son quizá el paisaje -reitero que febril- de una pintura vital de los interiores, aunque la naturaleza misma nos indique que en el fondo estamos ante un paisaje. Paisaje, sí, en la hondura misma de las cosas, de la conciencia misma de este gran, magnífico pintor.